

V. Blasco Ibáñez

La novela social, en camino de la revolución

(*La República de las Letras*, nº 1, 6-5-1905; *La Patria* [México], 18-11-1905)

La novela de nuestro tiempo debe ser social.

Pero no hay que confundir la novela «de tendencia» con la que puede llamarse novela de «tesis» o de «sermoneo».

La novela de «tesis» resulta generalmente sin gran valor artístico, pues el novelista, obsesionado por el afán de la demostración, llega hasta ella atropellando la verdad, simplificando los hechos, casi siempre complejos, quitando verosimilitud a su relato. Además, el novelista expone todas las consecuencias morales de su concepción, sin dejar al lector la libertad de que las extraiga por sí mismo, que es lo que debe ocurrir en toda obra de arte.

La novela de tesis es mala; pero muchos la confunden con la novela de «tendencia», con la novela social, que es la verdadera novela moderna.

Novela social no significa novela socialista, como creen algunos. Una novela puede tener el carácter de social solo por el medio que escoge el autor, por los personajes que intervienen en su fábula, por las cualidades objeto de observación, dejando después que las circunstancias se sucedan con arreglo a la lógica de la vida y a las emociones humanas, sin querer demostrar nada en ella, sin imponer consecuencia alguna, dejando al público libre para que deduzca a su modo los resultados morales.

La moda se ha modificado radicalmente en el último siglo y la novela refleja esta gran revolución. El avance de los de abajo en busca de la justicia y el bienestar ha descubierto nuevas verdades, que son motivo de inspiración para la novela moderna. El artista ve nuevas fuerzas de la vida, hasta hace poco ignoradas, y se siente empujado hacia conflictos nuevos y nuevos problemas, que dan a la novela moderna un carácter social.

Dice Anatolio France que los cuatro resortes únicos que mueven a la humanidad, tanto en la vida real como en el cuadro de toda obra literaria, son: el amor, el odio, el miedo y el hambre. Los dos primeros datan de los más remotos tiempos del arte, y de puro viejos y gastados, es ya difícilísimo hacerlos funcionar con nuevos movimientos. El miedo y el hambre, en sus infinitas variedades (miedo a la autoridad excesiva o a la revolución audaz; hambre de mendrugos o de millones), son impulsores de la vida poco gastados aún, que aprovecha ahora la novela social.

Además, con el despertar político de los pueblos y el advenimiento de la democracia, ha cambiado totalmente el valor de los sujetos novelables. Antes, los amores, las alegrías y las tristezas de unos cuantos millares de seres perezosos e inactivos, que forman la alta clase social, bastaban para llenar el

campo de la novela. Solo los ricos tenían psicología digna de estudio: solo interesaban los conflictos entre gente de buena renta o con el título de nobleza. Si aparecía en el curso del relato algún pobre, era siempre un rico venido a menos o un hijo abandonado, que en el último capítulo encontraba a su padre y recobraba sus millones. Si el pueblo aparecía en tales obras, era como la comparsa de las comedias que ruge entre bastidores, o como el criado que aparece para entregar la carta en la escena más culminante.

La revolución social ha abierto nuevas ventanas para examinar la vida. Hay algo más allá de las voluptuosidades, placeres y penas, de las contadas gentes que ocupan la cima del bienestar. Toda una humanidad se agita abajo en la sombra, rugiendo de dolor al salir de su ensueño de siglos, atropellándose por encontrar la senda que conduce a lo alto, y sus miserias, sus anhelos, son materia de arte.

En ciertos periodos de la historia humana las ideas recientes lo invaden todo con tal fuerza, que es imposible sustraerse a su influjo. En la Edad Media el cristianismo estaba en el ambiente, extendía su poder a todos los actos de la vida, se mascaba al respirar, todos sentían su influencia, aun los que creían olvidarlo. Y la poesía, aunque cantase la voluptuosidad del amor, era cristiana, y cristiana la pintura y la escultura, e impregnadas de igual espíritu cristiano, lo mismo los edificios de arquitectura profana que las catedrales.

Hoy vivimos en un periodo de revolución. El cristianismo de nuestra época es el socialismo: la aspiración humana al bienestar. Percibimos una atmósfera nueva: en torno nuestro, los de arriba miran con creciente interés a los de abajo; nadie se siente seguro en el lugar que ocupa; se reconocen nuevos derechos, y la gran masa sacude su sudario de sombra y olvido.

En todas las naciones, la novela cansada de repetir las mismas aventuras de amor y adulterio, con un reducido repertorio de gentes que ven asegurado el problema de vida material, vuelve su vista a la infinita avalancha de nuevos personajes que llena en tropel la escena de la vida, y surge la novela obrera, la novela campesina, la novela de los ex hombres heridos y desarmados, para continuar la lucha por la existencia a los que no queda otro recurso que tender la implorante mano; en una palabra: la novela social.

La ciencia ha ayudado poderosamente a la humanidad en su avance revolucionario. Una gran parte de su deliberación la debe a los descubrimientos de aquella. ¿Puede el arte vivir siempre con los ojos en alto, sin prestar atención a los lamentos de la vida? ¿Con qué derecho podría quejarse de los hombres y tenerlos por incultos si estos le volviesen la espalda viéndolo insensible a sus dolores y aspiraciones?

Esos artistas han sido dignificados por la revolución. Ningún núcleo de hombres aprovechó como ellos los beneficios del trastorno social. Antes el escritor era un ser famélico, de negra ropilla, al que nadie prestaba atención si no se endosaba el hábito del fraile o la librea del cortesano. Pocos alcanzaban en vida la gloria y la popularidad. Solo tras un martirio de miserias y luengos años de olvidada fosa, llegaba el renombre.

Hoy, gracias al espíritu revolucionario, al movimiento socialista que difunde la instrucción en las grandes masas, los lectores, que antes se contaban por docenas, son millones. Los grandes artistas viven rodeados de la admiración popular. En los países cultos, un gran escritor es más conocido y reverenciado que el jefe del gobierno, y un libro nuevo o una comedia resultan un acontecimiento nacional.

El arte, agradecido, devuelve al pueblo este homenaje: escribe para él, y sus dolores y aspiraciones se ennoblecen al ser reproducidos por el talento evocador del poeta.

La humanidad sufre, la humanidad se rebela, la humanidad desea algo que aún no se distingue bien, pero hacia lo cual tiende sus manos vacilante; y todos los artistas sanos, bien equilibrados, con la severidad de pensamiento del hombre completo, la acompañan o la guían en este esfuerzo supremo. Cayeron para siempre las torres de marfil, los aislamientos altivos, que muchas veces solo significan impotencia o miedo. El escritor que busca el aplauso de los hombres debe seguirlos en su marcha ya que no ose ponerse al frente de ellos como buen pastor. El arte social es el de los grandes artistas de nuestra época. Víctor Hugo, con su aureola de dios, descendió a la calle. Tolstoi y Gorki, llamando hermano al *mujik*, participan de su miseria, para predicarle la liberación, cada uno con distinta doctrina. Zola, artista de temperamento refractario a la acción, se lanzó a la pelea cuando la edad le imponía el descanso. Anatolio France, el maestro de las grandes delicadezas, el refinado hasta la sutilidad, abandona su retiro de artista feliz para rozarse con las blusas socialistas, perorar en sus reuniones y acribillar con su sátira aguda un mundo absurdamente organizado.

El arte es el gran camino de la revolución, y los artistas con su obra social deben pagar generosamente al pueblo que los admira.